

145 20-5-28

Coplas del domingo

FAKIRISMO

Sobre si es truco o no lo del fakir,
el público discute con viveza...
No es fácil, en efecto, concebir
que un cuchillo se clave en la cabeza
o una aguja en el pecho, sin sentir,
ni que una plancha al rojo
a la lengua se aplique
sin que le mortifique,
tan sólo por antojo.

Ni hay, en fin, quien se explique
por qué extraño sistema,
que en el milagro toca,
este fakir de roca
cuece con tanta flema
un par de huesos puestos en la boca.
Si existe truco, está bien escondido
y hecho con discreción;
pero la explicación
del público entendido,
radica en el "poder de inhibición".

Tener el alma ausente
de la materia vil que nos rodea...
Así, nada se siente:
ni el fuego de una idea,
ni una plancha candente,
ni el acero buido,
ni el golpe, ni el agravio,
ni el hierro enrojecido
que pone sello al labio.

Tal es el inhibido:
un ser inanimado
que tiene el pensamiento atargado,
extraño al mal y al bien,
a quien todo le tiene sin cuidado
y a todo dice "amén".

El público, escamón,
no se inclina por esta solución,
pues busca—y es lo humano—
prístidigitación,
trucos de prestimano
y juegos de ilusión.

Pero... ¿cabe negar la inhibición?...

Yo, que he visto en diversas ocasiones
tantas inhibiciones,
¿por qué he de presumir
que sólo sean ficciones
estas inhibiciones del fakir?

Yo vi cuerpos sociales, colectivos,
en apariencia vivos,
que ante pruebas terribles
mostraban acorchados los tejidos,
los pechos insensibles,
y eran invulnerables al dolor,
al fuego y al puñal,
y al frío y al calor,
y al odio y al amor.
Todo les daba igual!

¿No es esto, buen lector,
fakirismo social?...

Disfrute el buen fakir calma completa
y que nadie se mela
a buscar otro truco a la cuestión.
Que esa simple receta
a que he aludido ya: la inhibición.
No se pierda de vista
que en esta sociedad materialista
de avisados y duchos,
los fakires son muchos
(aunque todos no salgan a la pista).

CESAR.

246 29-9-29

Coplas del domingo

NIEBLA

La ciudad envuelta en niebla
Hora de la madrugada...
Blanca la ciudad, de bruma;
la cuartilla ante mí, blanca...

La niebla, con sus vellones,
envuelve árboles y casas,
y la luz de los faroles
tiene una tristeza pálida
y una aureola lechosa
la rodea, como gasa.

De un barco que entra en el puerto
la sirena desgarrada
lanza al aire su quejido
que se pierde en la distancia.
El grito de un tren que llega
vibra en la ciudad callada.
La niebla lo invade todo.
¡No se ve nada!...

Blanca la ciudad, de bruma;
la cuartilla ante mí, blanca.
Blanca la cuartilla estéril
sobre la mesa descansa.
También la niebla la envuelve,
niebla tupida y cerrada...
El pensamiento sobre ella
mela en rápidas viradas,
pero la niebla lo oprime.
¡No se ve nada!...

Niebla en todas partes. Niebla.
Niebla tupida y compacta,
húmeda, viscosa, aleve,
como una enemiga mansa
que cercena el horizonte
y limita la mirada.
Miro en torno y no se ve.
¡No se ve nada!...

Mas al cabo sale el sol
—sol de justicia— mañana,
y la niebla se disipa
cual fugitivo fantasma,
y recobran sus contornos
los árboles y las casas.
y el sol, como un as de oros
de la universal baraja
triunfa al cabo en esta brisca,
dando fin a las jugadas.

¡Y habrá, al fin, chorros de luz
sobre la cuartilla blanca!

CESAR

147

Coplas del domingo

DESBORDAMIENTOS

Tanto y tanto llover...
¡Esto tenía, al fin, que suceder!

Pequeños ríos de corriente suave,
el Miño, el Tea, el Cabe,
el Lagares, el Sar, el Valdecide,
cuyo murmurio grave
la sensatez preside,
tras el llover de un día y otro día,
que al principio, pacientes, aguantaron,
sus márgenes colmaron
y en un gesto de franca gallardía
por fin se desbordaron.

Aquellas aguas lentas hace poco
se han convertido en foco
de protesta rabiosa y altanera,
y es cada río un loco
que debate su furia en la ribera.

Lo que ayer fué remanso,
propicio a la poesía y al descanso,
es hoy un manadero de demencia,
igual que un hombre manso
el día en que se colma su paciencia

Las aguas desbordadas
en el bravo motín de las riadas,
con impetu gigante,
destruyen cuanto encuentran por delante
y en raudas cabalgadas
dan su carga fatal al labrancio
y al hogar ribereño sus atracos
con indómito brio,
y es como una bandada de cosacos
la linfa del que ayer fué manso río.

El torrente veloz y desbocado
se ha convertido en insaciable fiera.
¡Lector, quién lo creyera
cuando ha poco, sereno y encalmado,
rumoroso y tranquilo se le viera!

Mas ahora aquella agua transparente
lleva en el lomo audaz de su corriente
semillas, plantas y algún recio tronco,
y el que ayer murmuraba dulcemente
canta sus iras con un grito bronco,
y es un púgil violento
de insólitos furroses
que, de luchar sediento,
salta el ring y un momento
pone k. o. a los espectadores.

¡Soberana lección de la riada!
No os fiéis de la calma anquilosada
de un río o un regato,
porque al cabo de un rato,
su potencia de aguante rebasada,
cambia el río de aspecto
como el Miño y el Sar
y el que ayer fuera un río circunspecto
es un loco de atar.

¿Qué se ha de hacer?... Abrir cauces,
[lector.

No hay otra solución; es la mejor...
Si a un río se le dan márgenes anchas
no toma esas revanchas
ni siente esos anhelos
que ahora siente hasta el río de Monelos.
Amplio margen, encauce, orientación;
en esto estriba toda la cuestión.
Fuerza es que estas riadas se prevean
en cuanto cae la lluvia, amigos míos...
Por mansos que ellos sean,
¡no tentéis la paciencia de los ríos!...

CESAR